

LOS MOCASINES NEGROS

Salió al balcón de la cocina y se apoyó en la barandilla. Sujetaba un par de zapatos negros con su mano derecha y se quedó mirando hacia la calle desde su cuarto piso. Le vio salir y pararse en el semáforo que había frente al portal. Agarró con fuerza los dos zapatos y se los lanzó. Uno le dio en la cabeza.

Era una mujer que disfrutaba en las casetas de tiro. Le divertía que ella tuviera una puntería tan fina, pero nunca pensó que la pudiera utilizar contra él, jamás. “Quítate el delantal y márchate” le dijo con una voz que a él le costó reconocer. La miró y supo que debía irse. Se soltó las cintas del delantal negro, lo dobló en cuatro pliegues y lo dejó sobre la silla baja donde se sentaba todos los domingos. Abrió el pequeño baúl de madera y fue colocando las cajas metálicas de los betunes a un lado y los cepillos a otro, cada uno en su departamento. Luego, puso el delantal encima y antes de bajar la tapa, miró si había olvidado algo y al ver que todo estaba en su sitio cerró el baúl. En el suelo de la cocina quedaban todos los pares de zapatos alineados de dos en dos, los de él a un lado, los de ella al otro. Ella se negó desde el principio a dejárselos, pero él no la escuchaba: tenía que limpiarlos todos, es decir, t-o-d-o-s. Fue a la entrada, cogió su chaqueta gris y salió dejando sus llaves en el aparador. Bajó despacio los cuatro pisos oliéndose las manos. Nunca se las lavaba después de limpiar los zapatos. El olor le duraba todo el domingo y ella no podía acercarse a él. Su piel le resultaba pegajosa, fría. Ese domingo lo vio sentado en su silla baja y supo que los zapatos le habían ganado la partida. Cuando él llegó abajo se detuvo frente a los buzones, leyó en alto el nombre de ella y el suyo, luego se dio la vuelta y. salió del portal. Se quedó en la acera esperando a que el semáforo se pusiera en verde. De pronto notó un golpe en la cabeza y a continuación vio un zapato suyo negro recién lustrado sobre la acera. A unos cuantos metros estaba el otro. Los recogió y metió cada uno en un bolsillo de su chaqueta. El

semáforo seguía en rojo y esperó. No se atrevió a mirar hacia arriba. Cuando se puso la luz verde, mientras cruzaba la calzada, sonreía sujetando sus mocasines negros.